

## El carnaval vasco y sus personajes

---

«El mito, como toda forma de religión,  
se presenta como expresión y vehículo  
de un ideal, nacido en un medio  
mágico y animista,  
no obstante el carácter  
material del ser que muchas veces le  
sirve de objeto»\*.

Muchas de las manifestaciones de la vida del hombre no hay duda de que entran, o al menos se asoman, al ubérrimo campo de la mitología. Y esto que acabamos de afirmar, que a veces nos resulta un hecho diáfano e indiscutible, en ocasiones se nos presenta de forma diríamos oculta o disfrazada, que nos puede pasar inadvertida.

Las diversas conmemoraciones que nos depara el ciclo anual, y no sólo aquellas consideradas –y este vocablo tiene aquí suma importancia– como de carácter profano, sino también algunas de signo religioso, pueden llevar en ocasiones, incluso en su misma naturaleza, el mito. Otras veces nos será suficiente hurgar en su fondo o entraña, en el fondo del objeto motivo de estudio, para comprobar que el mismo, de manera más o menos clara, roza con el terreno mítico. Es el caso de los diferentes ritos del solsticio de verano, muchos de ellos incorporados y quizás confundidos con la festividad de San Juan Bautista. Y aquí traeremos a colación el fuego, la fogata, que ha estado asimismo muy presente en la celebración de las carnes-tolendas.

Si en esta misma línea de observación alcanzamos las celebraciones navideñas toparemos con el aspecto mítico que lo consideramos más representativo de estas fechas, y que no es otro que el del arlotte personaje de

---

\* José Miguel de Barandiarán: *Diccionario Ilustrado de Mitología Vasca*.

*Olentzaro*. El *Olentzaro*, *Olentzero* u *Onentzero* de ojos ribeteados, de quien únicamente sabemos que es carbonero o *ikazkiña* y que allá, en ignoto monte, se dedica a las faenas de carbonear.

Nuestra Semana Santa tampoco escapará a la influencia del mito. Sabemos que esto que acabamos de anotar puede extrañar a más de uno. Mas si, por ejemplo, nos fijamos en los distintos monigotes conocidos por el nombre de *Judas*, no nos será difícil comprobar que estos muñecos, burdas y ridículas reproducciones la mayoría de las veces, han llegado a nosotros poco o mucho, según los casos, transformados en mito. Nos toca conocerlos, no digo siempre, después de que han perdido aquel su primigenio significado, que sin duda tuvieron. Y siendo esto así, la realidad es que su presencia se refugia, algunas veces, con todos los derechos en los predios mitológicos.

Cuando en la localidad navarra de Arbizu desfilaban, en el mediodía del domingo de Pascua de Resurrección, el *Judas* y la *Judesa* –que no son exclusivos del País Vasco–, no podemos ignorar que estos ridículos monigotes enriquecían nuestro acervo mitológico. A los dos personajes, y el hecho de emparejarlos refuerza su condición mítica, los llevaban por las calles, montados sobre sus correspondientes borricos, para terminar quemándolos en determinado punto del pueblo, previo su colgado por medio de unas cuerdas. El *Judas* enseñaba un cartel a su espalda, que decía: *Piensa Judas que va de bodas, porque le llevan majo, y lo llevan a la plaza a darle fuego por bajo*<sup>1</sup>.

Pero vayamos a las carnestolendas, al Carnaval, *Iñauteria*, *Iñoteria*, *laute*, *lyotea*, *Aratoztea*, *lotea*, *lotegi* o *lotegia*, *Ihausteria*, *Ihautiri*, y *Emakundea*, porque con estos y más nombres se conocen estas fiestas entre nosotros<sup>2</sup>.

El Carnaval se nos presenta rico en personajes mitológicos, aun cuando la mayor parte de ellos hayan caído en el olvido, en función de la fiesta que en muchos sitios, en demasiados, ha desaparecido como una celebración. Como una celebración antaño, y secularmente tan sentida y vivida por el hombre.

Entre las representaciones mitológicas de las carnestolendas vemos que algunas de ellas se nos presentan con carácter algo general, por coincidencia de nombre y rito en distintas zonas, junto a otras que se circunscriben a determinado pueblo, personajes que viven y desaparecen, casi

---

1. En su libro *El Carnaval*, p. 132, Caro Baroja, en referencia recogida de Luisa Iravedra y Esperanza Rubio: *Leyendas y tradiciones de la Rioja*, Logroño, 1949, pp. 107 y 108, entre los pueblos de Navarra meridional cita como ejemplo Tafalla, así como las localidades riojanas de Albelda, Murillo, Clavijo, Huércanos, Uruñuela y Calahorra como lugares donde se llevaba a cabo la quema del *Judas*.

2. Las distintas denominaciones que hemos citado de la palabra Carnaval, voz empleada casi siempre en plural, en nuestro libro *Iñauteria-El Carnaval Vasco* figuran, a excepción del *Ihautiri* junto al correspondiente nombre de algún pueblo del vocablo en uso.

siempre de manera trágica, porque éste es su sino, dentro de un marco o ambiente locales. Aunque no dejaremos de señalar que la mayor parte de ellos, por no decir todos, guardan un nexo, de forma más o menos acusada y estrecha.

El *Zanpantzar*, San Panzudo, es un personaje que se nos identifica con el Carnaval, con la gula, tan presente en estas fiestas.

«Estaba don Carnal ricamente instalado  
en mesa bien provista, sobre opulento  
estrado,  
los juglares, ante él, cual señor  
venerado;  
de todos los manjares estaba bien  
colmado».

En este sentido abundaba la letra que acostumbraban a cantar en Orio:

«Gaur dala Maria kale,  
biar dala Zanpantzar,  
egín dezagunarte  
tripan larruak zart».

(*Que hoy es Maria kale –que mañana es Zanpantzar–, hasta que en la tripa la piel estalle*).

Y algo parecido a lo que hemos visto en Orio ocurría en Lequeitio, puerto pesquero donde se conservan todavía vivos los carnavales, a los que se conocen como *Aratuzteak*. La reunión gastronómica alrededor de una buena y abundante mesa, en esta villa vizcaína sería recordada con el comentario *Habéis hecho Zanpantzar y María Galleta*. En Alduides y Garazi se presentaba también a este personaje. El Martes de Carnaval o el Miércoles de Ceniza se decía: *Tenemos que celebrar la fiesta del Zanpantzar para después quemarlo o ahogarlo*.

Sabemos asimismo que el *Sanpantzar* o *Zanpantzar* se ha festejado en Irún, así como en el Bearn, muy en la línea del Carnaval que ha llegado a nosotros, sería juzgado por la Cuaresma. Y otro tanto le ocurriría en Bayona, donde, después de la pantomima del juicio, sería quemado, terminando con sus cenizas en el río. Al *Janpantzar* de Liginaga (Laguigue) no le esperaba mejor suerte que a los citados. En Liginaga, el Miércoles de Ceniza o *Hauttez*, después de conducido al centro de la plaza del pueblo, nuestro personaje sería pasto de las llamas. El *Sanpantzar* de Sara es un monigote de paja. Los jóvenes lo preparan el Miércoles de Ceniza o *Auste* por la tarde, y colocado sobre una carreta lo pasean por los barrios del pueblo, simulando un cortejo fúnebre. *Sanpantzar* es el muerto y unos mozos figuran en el duelo mientras que otros, con velas de resina encendidas, van a los costados del carro. Con la quema del *Sanpantzar* en la plaza concluye la pantomima.

Leemos a Juan Thalamas que el San Pansart de Ustaritz era casado. Y cómo el matrimonio sería quemado en presencia de unos hombres que vestidos de plañideras se tiraban al suelo, al tiempo que lanzaban gritos de dolor. Será el mismo Thalamas quien nos recuerde también una disposición de Juana Albret, extendida en 1571 a todo el Bearn, prohibiendo ciertos abusos carnavalescos *visto que son supersticiones e idolatrías romanas, establecidas para honrar a un santo llamado «Pansart»*.

El Carnaval de Lanz es uno de los más celebrados en el País Vasco. Dentro del apropiado escenario de este pueblo rural, conserva el encanto y gracia particulares<sup>3</sup>.

Un Gigante, el *Ziripot*, el *Xaldiko* o *Zaldiko*, los herradores o *perratzalleak* y los *chachos* forman la pantomima de Lanz. La comparsa que, año tras año, el Lunes y el Martes siguientes al domingo de Quincuagésima lleva a cabo el consuetudinario recorrido. En él, durante este paseo, el *Xaldiko* no deja de molestar al *Ziripot*, a quien derribará una y otra vez. Ayudado por los *chachos*, mozos disfrazados de manera más descuidada, el *Ziripot*, embutido en voluminosa arpillera rellena de heno y helecho, se incorpora y camina a duras penas, ayudado por un rústico y largo palo que lleva en una de las manos.<sup>4</sup>

En determinados lugares del pueblos, los herradores, que disponen de un caldero y varios útiles de su oficio, simulan herrar al *Zaldiko*, en el yunque que para ello tienen preparado.

Pero el personaje más destacado, en toda la acepción de la palabra, es el gigante *Miel Otxin* o *Mile Otxin*, que mide unos tres metros. *Miel Otxin*, a horcajadas sobre un mozo, baila al son de la música de los txistularis de Arizcun. El gigante va ataviado con una blusa estampada y pañuelo al cuello. Su pantalón es azul, recogido en unas polainas de goma. En la cabeza puede llevar un gorro o sombrero, indistintamente, y una máscara de cartón mira con cierto sarcasmo el espectáculo que se desarrolla en su derredor. El rostro del Gigante nos resulta algo frío y distante.

El Martes por la tarde, en ausencia del *Ziripot* y el *Xaldiko*, a *Miel Otxin* le conducen a la plaza, donde será muerto por dos tiros de escopeta y, a continuación, quemado, mientras los *chachos* bailan lo que llaman un *zortziko*; pero que en realidad, como apunta Caro Baroja, se acerca más al *ingurutxo* o a una *mutil dantza* baztanesa.

Observaremos que el Gigante de Lanz lleva el mismo o parecido paradero que los *Zanpantzar* y otros muñecos que iremos viendo.

---

3. Entre las composiciones del músico tolosano Javier Bello Portu, figura la suit sinfónica intitulada «El Carnaval de Lanz».

4. Con sus enormes piernas rellenas de hierba y con sus dientes de patata, en el «Ziripot» de Isaba teníamos a un tipo jorobado.

Mas no ha sido siempre el descrito el remate de la farsa de Lanz. Sabemos que en tiempos atrás el Gigante sería acompañado en sus últimos momentos. Y acerca de este extremo se explaya José María Iribarren, cuando escribe:

Antiguamente marchaban detrás de la comparsa del *Miel-Otxin* dos mozos disfrazados de damas, con trajes blancos. Iban muy serios, respetados de todos los *chachos*, y leyendo cada cual su libro. Por su ademán adolecido y silencioso, representaban ser familiares del Gigantón, acompañándole al suplicio. Estas damas al llegar a la plaza, hacías aspavientos de dolor.

Por Iribarren sabemos asimismo que mientras unos hacían la pantomima de confesar al Gigante, otros, los vestido de damas, fingían leerle la Pasión. Pero los componentes de la comparsa sentían la muerte de *Miel-Otxin*. Pesar que los *chachos* lo manifestaban tirándose al suelo y simulando llorar.

Para algunos, el epílogo del Carnaval de Lanz no es otra cosa que la pantomima del castigo sufrido por un bandolero que merodeaba por estas tierras de Navarra. Quizás el nombre de *Miel-Otxin* o *Mile-Otxin* y algunos detalles de la farsa, tal y como la conocemos o conservamos noticia de ella, se hallen representados en función de la muerte del malhechor; pero, la existencia de *Miel-Otxin* y su manera de terminar, con la intervención del fuego, similar a otros gigantes y monigotes de Carnaval, es muy verosímil suponer que sean anteriores. *Miel-Otxin*, al igual que otros muñecos del País Vasco y de fuera de él, es un símbolo de Carnaval, que nos llega, como observa Caro Baroja, en función de la Cuaresma.

En el pueblo de Iraizoz me contaron esto que a título anecdótico referiré seguidamente. En un *Astiarde lyotia* de los albores de siglo, en esta localidad del Valle de Ulzama quisieron enriquecer y animar un poco la fiesta, y para ello no se les ocurrió otra cosa mejor que imitar, en algo al menos, la farsa de Lanz. Pero el monigote Iraizoz sería más vivo que *Miel-Otxin*. Sería, aquél, un tipo real, un personaje de carne y hueso. Mas la pantomima, que se desarrollaba dentro de un ambiente alegre y novedoso, tuvo un epílogo algo pesado, puesto que mientras el *Gigante*, un vecino llamado Francisco Olano, confiado, esperaba ser ejecutado con un tiro de cartucho sin perdigón, recibiría, en la muñeca, un escopetazo con todas las de la ley. De esta manera, a los gritos de dolor y miedo, nunca más auténticos, terminaba esta parodia de Iraizoz que, como es de suponer, no tuvo repetición en años sucesivos.

Por su nombre de *Aittun Aundiya*, Abuelo-Grande, lo encontramos emparentado a este monigote de Arbizu con los gigantes carnavalescos. El *Aittun Aundiya*, que en el transcurso de los años es fácil hubiese perdido estatura, llevaba de compañera de infortunio a la *Amiñ Txikia*, Abuela Pequeña, y, aunque por sus respectivos nombres podamos inferir lo contrario, los dos muñecos eran de tamaño parecido. A cargo de los jóvenes disfrazados o *txatarrak* de Arbizu corría el preparado de estos dos personajes. Vestidos con viejas prendas de hombre y mujer, respectivamente, y rellenos de paja, con trapo o

serrín envuelto en una tela pintada a guisa de cara, los quemaban, el Domingo de Carnaval, *lyote Eguna* o *Igande lyotia*, en el centro de la calle, colgados de unas gruesas cuerdas, *tokarak* que llegaban de un desván o *ganbaratxo*a a otro de su lado opuesto.

En Uztarroz contaban asimismo con su Gigante. Era el *Aitandi Txarko* que en este pueblo roncalés lo acostumbraban a colgar de una cuerda sujeta en dos balcones.

En la bella novela costumbrista que lleva como título *Oro del Ezca* aparece citada la *Amandizarko*, como monigote carnavalesco. Se trataba de un muñeco extravagante, relleno de paja, que quería representar a una abuela que, después de ser colgado de una cuerda que iba de la Casa de la Villa a otra cercana, era deshecha a palos y escobazos. Por detalles que nos amplía Mariano Estornés Lasa, autor del mentado libro, sabemos que la *Amandizarko*, haciendo bueno el derivado de su nombre, fue una gigante del Carnaval de Isaba. Mas la abuela de los últimos años no pasaba de ser un muñeco de trapo, embutido de hierba y con los brazos rígidos y en cruz. La vestían de hombre. con pantalones, una vieja camiseta y un sombrero.

Al ocuparnos del Carnaval del Lanz ha salido el nombre de *Xaldiko* o *Zaldiko* como correspondiente a uno de los componentes de la famosa farsa. El *Xaldiko* se reduce a un joven de cara pintada de negro y sombrero de segador, que a la altura de sus caderas lleva un bastidor de madera con un vástago que remeda burdamente la cabeza de un caballo. El *Xaldiko*, ser mitológico mitad hombre y mitad caballo, es todo nervio, en continuo y rápido movimiento, interviene sin descanso.

El *Xaldiko* de Lanz descubre cierta similitud con el personaje más importante de las mascaradas suletinas, con el llamado *Zamalzain*, que se exhibe asimismo con una armadura que quiere recordar al caballo.

Aunque, seguramente, nos llegan desposeídos de su primitivo significado, en este género de los centauros incluiremos también a los *zaldiko-maldikos* de Pamplona. Ignacio Baleztena, en su *Comparsas de Gigantes*, nos dice que en un manuscrito que se remonta al siglo XV y que se conserva en el Archivo Municipal de Pamplona, *aparece dibujado, al margen de una de las páginas, un curiosísimo zaldiko-maldiko, tocando la zampoña*. Y llegados a este punto creemos oportuno hacer nuestro el siguiente comentario que leemos a Julio Caro Baroja:

Gigante y caballo nos parecen estar asociados por un nexo misterioso que aún no hemos encontrado. Señalemos... que es muy significativo también el que en muchas partes del país vasco llamen *Zalduniote* o una variante de esta palabra al Domingo de Carnaval, o sea «Carnaval de Caballeros» (de *zalduna*, caballero e *inaute*, Carnaval). Es muy posible -prosigue Caro Baroja- que las máscaras representando caballos o jinete y caballo en la forma de *Zamalzain* salieran con máxima abundancia aquel día, aunque luego su popularidad y atractivo hicieran que con motivo de muchas otras festividades y con otro significado volvieran a aparecer.

Por nuestra parte agregaremos que la metamorfosis del hombre en animal irracional se da con mucha frecuencia en el terreno mitológico.

Mas pasemos a ocuparnos de otros muñecos de Carnaval, que de acuerdo con lo que llevamos señalando los encasillaremos como de idiosincrasia local, si bien, como también hemos indicado, por su significado y carácter, su relación, mutua relación, resulte innegable.

Maltrecho y sobre un tejado dejaban al muñeco de Salcedo. Este monigote de máscara de cartón y sombrero, vestía pantalón y chaqueta enllenos de paja. Un mozo subido a un caballo lo solía conducir ante la presencia de la primera Autoridad local. Y en casa del Alcalde, el mentado mozo se encargaría de que su grotesco compañero simulase saludar, accionando los brazos y la cabeza. Los restantes jóvenes instaban al muñeco a dar las buenas tardes al Alcalde. Pero el muñeco no respondería a la fórmula de cortesía que se le pedía, y con ello se haría acreedor del castigo, a ser apaleado sin miramiento alguno. Este número bufo se repetía varias veces, y en otras tantas el mozo montado a caballo saludaba al alcalde simulando los llantos y dolor del monigote. Monigote que era paseado a lo largo del pueblo, antes de que pasase a descansar en el triste final del abandono y olvido.

En el monigote bautizado con el nombre de *Marquitos* tenemos a la figura central de los Carnavales de Zaldueño, fiestas éstas hoy desaparecidas.

El muñeco lo armaban el Lunes de Carnaval. Para ello se servían de un varal ahorquillado, de metro y medio aproximadamente, en cuya parte superior cruzaban un palo. A *Marquitos* lo dejaban ataviado con unos pantalones y camisa rellenos de helecho. Vestía también una chaqueta y, aunque últimamente calzaba unas botas, hubo años en los que, sobre los calcetines de lana o *artilla*, lucía la rústica abarca de cuero. Un puchero hacía de cabeza y no le faltaba una grotesca máscara, así como unas hojas de maíz o unos recortes de cartón, querían recordar unas manos.

A continuación del desayuno del Martes de Carnaval, un mozo y *Marquitos*, montados en un burro, recorrían el pueblo. Se dejaban ver al son de las notas del txistu y seguidos de los jóvenes «porreros». De esta manera alcanzaban el centro del pueblo, donde, no lejos de la iglesia, levantaban a *Marquitos* sobre un madero de siete u ocho metros, cuya extremidad inferior se ajustaba en un orificio abierto en el suelo.

Por la tarde de este mismo día, los *porreros*, que sabemos es el nombre por el cual se conoce al disfrazado en algunos pueblos, se hacían con un carro tirado por dos bueyes, y con él se dirigían al lugar donde se hallaba *Marquitos*. El muñeco era llevado al carro; pero aquí no quedaría solo, puesto que junto a él, del interior de una nasa aparecía el *predicador*, un *porrero* de cara tiznada y mantón colorado, que hasta entonces había procurado permanecer oculto. Escuchada la peroración del *predicador*, que podía ser una jerga improvisada como una jerigonza preparada, los *porreros* baja-

ban al muñeco del carro y, aplicándole un cartucho de dinamita, lo dejaban en el suelo y apoyado en un árbol, para así darle cumplido remate<sup>5</sup>.

Por el nada original nombre de *la Vieja* solía ser conocido el monigote que el Martes de Carnaval por la tarde, y esto hasta el año 1937, sacaban en San Román de San Millán.

*La Vieja* de esta aldea alavesa se reducía a un leño de metro y medio de altura, que procuraban dejarlo con traza humana. Un orificio a la altura del supuesto ombligo, estaría destinado a un cartucho de dinamita.

El esqueleto, que carecía de pies y manos, iba oculto por prendas de hombre. Con pantalones y camisa rellenos de paja. Tampoco se olvidarían de plantarle la chaqueta y una boina. Un *porrero* montaba en un burro y recorría varias veces el pueblos, llevando consigo al muñeco. La bestia lucía así mismo distintos motivos carnavalescos, y al bufo cortejo acompañaban todos los mozos *porreros* del pueblo. Después de unas dos horas de exhibición, hacia las seis de la tarde, el *porrero* y *La Vieja* abandonaban el jumento. Y a ésta, a *La Vieja* la dejaban apoyada en una pared, donde, jola y abandonada a su suerte, era deshecha por la explosión del cartucho. Seguidamente, con los restos de *La Vieja* y la leña transportada en uno o dos carros se llevaba a cabo el encendido de una fogata, que recibía el nombre de *zumarzo*.

El pueblo alavés de Ocariz contaba asimismo con su muñeco, que estaría llamado a ser sacrificado al atardecer del Martes de Carnaval. Se trataba de un pelele de pantalón y chaqueta atada hasta el cuello, rellenos de paja y

---

5. Aunque escape del interés de este nuestro trabajo de hoy, al hablar de Zaldueño no silenciaremos al Celedón. Celedón cuenta en este pueblo con un alto relieve del escultor Juan Lope. En el «Galtzaundi» tenemos también a otro tipo, éste genuinamente de Carnaval, que el devenir del tiempo se encargará de convertirlo en mito.

*Neri deritzat Galtzaundi, apellidua det Goñi, Aldasoro izen goitiya deitzen dirate neroni* (Me llaman *Galtzaundi*, y de apellido Goñi y por el apodo de Aldasoro me conocen), reza el comienzo de los versos de *Tolosa-ko Galtzaundi-k bere buruari jarriak*, del bardo tolosano Ramos Azcarate. Con machacona insistencia se canta asimismo el estribillo *apellidua det Goñi*, me apellido Goñi, que sigue a cada una de las estrofas de la composición. Mas esta identificación de la persona de *Galtzaundi*, tan presente en el Carnaval de Tolosa, no responde a la realidad. Y esta aclaración, innecesaria al tratar del Carnaval en general, creemos que es oportuna al hablar del mito.

En Santos Aldasoro e Iriarte tenemos al hombre que el poeta popularizó como *Galtzaundi*. Santos Aldasoro nació en Echarrí Aranaz, el año 1831. Sus padres fueron Miguel Aldasoro, natural de Tolosa, y Lorenza Iriarte, de Amézqueta. Ya de soltero Santos Aldasoro residía en Tolosa, villa donde ejercía el oficio de zapatero remendón en el arco frontero a la entrada de la casa número dos de la Plaza de la Verdura. En 1851 casó con Fermina Lacunza, de Arbizu, en la parroquia tolosarra de Santa María. Sabemos que tuvieron seis hijos: Juan José, Fernando, Elena, Prudencia, Petra y Tomás.

Santos Aldasoro e Iriarte falleció en Tolosa, el 18 de octubre de 1899. Murió en la Beneficencia, en el mismo centro donde más adelante, a los cinco años escasos, terminaría sus años Ramos Azcarate Otegui, el creador de Santos Goñi y el autor de *Galtzaundi*. Y aquí, como en muchos mitos, al poeta se debe la génesis de un personaje irreal, de un tipo carnavalesco que pervive en sus dos nombres.



unos tacos de madera con pólvora y mecha, antiguamente, y dos cartuchos, en los últimos años, hasta 1940. No tenía manos y calzaba alpargatas, a manera de arambel. Un pañuelo lleno de serrín, que remedaba la cabeza, llevaba una careta de cartón y un sombrero o una boina.

El *Hombre malo* o el *Hombre de paja*, que por estos dos nombres era conocido este monigote, se presentaba en público a eso de las cuatro de la tarde del Martes. Lo sacaban de la casa del *mozo mayor*, donde lo habrían preparado, y en un carro lo llevaban hasta las proximidades de la iglesia. Aquí escuchaba la acostumbrada perorata acusadora, que desde el interior de una nasa le dirigía un *porrero*. Con las últimas palabras de este mozo, el *Hombre malo* quedaría presto para sentencia. Sentencia que sin mucha demora se cumpliría haciendo uso de los dos cartuchos, que hemos indicado llevaba el muñeco en su cuerpo.

Hasta hace unos setenta años, en Villanueva Araquil sacaban el *Itxitxarko* o el *Aittitxarko*. El monigote se tocaba con boina y vestía pantalón, camisa y chaqueta rellenos de paja. El *Aittitxarko* era más bien pequeño y los *mozorros* o disfrazados lo llevaban a guisa de estandarte, en el extremo de un palo, hasta que, después de bien apaleado, lo dejaban tirado en cualquier rincón<sup>6</sup>.

En los Carnavales de Huarte Araquil existió también la costumbre de sacar una muñeca puesta en el cabo de una vara. Este maniquí, vestido con prendas femeninas, recorría el pueblo acompañado de los mozos disfrazados y a los aires de la música de uno o dos acordeones.

No hemos sido afortunados en hacernos con otros detalles de esta muñeca, como su nombre, si es que lo tuvo, y el procedimiento empleado en su retirada de la fiesta, por ejemplo.

En Santa Agueda se celebraban los Carnavales de Irañeta. Y, aunque no todos los años, durante estas fiestas preparaban un muñeco al que acostumbraban a llama *Atxon zarkua*.

Con pantalones y camisa llenos de paja, al *Atxon zarkua* lo vestían también con una vieja y sucia chaqueta. Calzaba alpargatas y sobre su cabeza, un pañuelo con hierba, le colocaban una boina. Los «moxorroak» paseaban al monigote en un carro. Y al final del trayecto del cortejo, como rito de fin de fiesta, al *Atxon zarkua* lo terminaban por quemar en el suelo. A comienzos de siglo dejó de salir el *Atxon zarkua* de Irañeta<sup>7</sup>.

Hasta hace cincuenta y tres años, el Martes de Carnaval en el pueblo de Yabar giraba en derredor de la familia *Aitezarko*. Junto a este personaje figuraba su mujer, la *Landarra*, que llevaba su criatura o *ninia* en brazos.

---

6. Información que me fue facilitada en Villanueva, por Heliodora Armendariz, de 81 años. El 30 de julio de 1973.

7. En Irañeta, estos detalles los recogí de Gervasia Gastesi, de 83 años. El 28 de julio de 1973.

El *Aitezarko* era un monigote de tamaño corriente, ni gigante ni pequeño. Lo vestían con pantalones y camisa rellenos de paja y, en ocasiones, una chaqueta podía completar su atuendo. Su cara era de trapo, llevaba boina y los pies le cubrían con abarca o alpargata.

De *Landarra* hacía un mozo, ataviado con saya, delantal y chambrá. Tocado con pañuelo, calzaba abarca o alpargata.

Con uno de sus extremos que después de haberlo desbastado lo dejaban con grotesca traza de cara, la *ninia* se reducía a una madera de medio metro de largo, oculta en pañales.

Acompañados por los mozos *moxorrotuak* o disfrazados y ante la expectación de todos los vecinos, esta familia carnavalesca se paseaba por el pueblo.

Al *Aitezarko*, que iba sobre un burro, lo sujetaba un mozo, y la *Landarra* daría de mamar a la *ninia*, una y otra vez. Pero a lo largo del recorrido, los *moxorrotuak* arrancarían con frecuencia a la *ninia* de los brazos de su madre, y ello daría motivo a que ésta exteriorizase su disgusto con lloros y estridentes gritos.

Cuando los *moxorrotuak* creían llegado el momento de terminar con la comedia, cogían a la «*ninia*» y la arrojaban con violencia, contra la fachada de una casa, y castigaban a escobazos al *Aitezarko*, que después de arrastrado quedaba deshecho. Entonces, la *Landarra*, que habría perdido a su *Aitezarko* y a la *ninia*, se encontraba sola.

Aislada de todos se entregaba a una llorera tan exagerada como ridícula<sup>8</sup>.

Traducción extractada de la obra *Le Carnaval au Pays Basque -Ihautiri Solas- Oraisons funèbres de Carnaval*, de Sauveur Harruguet, es el siguiente y curioso texto:

En ciertas localidades persiste todavía la costumbre de enterrar al Carnaval el Miércoles de Ceniza.

Atado al extremo de un palo, un maniquí de paja es paseado por las calles. Un clero de circunstancias y de encapuchados gimoteando y llorones acompañan a este muñeco en procesión ruidosa. Ellos son portadores de coronas mortuorias, hechas de ristras de ajos, rosarios de conchas de caracol, cebollas, puerros, sardinas, emblemas todos estos de la Cuaresma. Una orquesta cierra la comitiva, tocando aires tradicionales. Es la hora de la incineración. En la plaza pública, o mejor todavía en un puente, el cortejo se detiene.

Allá se organiza una parodia de juicio al muñeco, con la intervención de magistrados, abogado, escribano y guardias. Y cuando, por fin, se da fuego al Carnaval,

---

8. En Yabar fueron Juan Zubiria y José Berastegui Irurzun, de 92 y 72 años respectivamente, quienes me hablaron de esta farsa el 27 de julio de 1973. Y según nos dice José María Satrústegi, en los Carnavales de Urdiain se representaba una pantomima parecida a la descrita.

mientras los chisporroteos de las llamas envuelven al monigote, el coro de las lamentaciones vuelve a dejarse escuchar, redoblan los llores, se multiplican los gemidos, hasta que estallan en ruido infernal las bombas de arteificio, colocadas en el cráneo del fantasma. Es el momento de la apoteosis.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARCIPRESTE DE HITA (Juan Ruiz): «*Libro de Buen Amor*».
- ARREDONDO, Felipe: «*Anuario de Eusko-Folklore*», año 1992, tomo II, pp. 103-107.
- AZKUE, Resurrección María de: «*Euskalerrriaren Yakintza*», tomo I, pp. 318-320. Madrid, 1959.
- BALEZTENA, Ignacio: «*Comparsas de Gigantes*». «*Navarra-Temas de Cultura Popular*», p. 23.
- BARANDIARÁN, José Miguel de: «*Ikuska*». Instituto Vasco de Investigaciones, vol. 3.º N.º 2-6. Sare. Mars-décembre, 1949, p. 247.
- CARO BAROJA, Julio: «*Folklore experimental: El Carnaval de Lanz (1964)*», «*Príncipe de Viana*», núms. 98-99. Año 1965, p. 19.
- CARO BAROJA, Julio: «*El Carnaval*», pp. 22 y 201.
- ESTORNÉS LASA, Mariano: «*Oro del Ezka*», pp. 145-146.
- GARMENDIA LARRAÑAGA, Juan: «*Iñauteria - El Carnaval Vasco*», 106-113, 130-131, 120-127, 128-131 y 118-119.
- HARRUGUET, Sauveur: «*Le Carnaval au Pays Basque-Yhautiri Solas-Oraisons funèbres de Carnaval*», pp. 9-10
- IRIBARREN, José María: «*Historias y Costumbres*», p. 180.
- THALAMAS LABANDIBAR, Juan: «*Contribución al estudio etnográfico del país vasco continental*», «*Anuario de Eusko-Folklore*», año 1931, tomo XI, p. 41.
- URANZU, Luis de (Luis Rodríguez Gal): «*Lo que el Río vio*», p. 426.



El carnaval vasco y sus personajes / Juan Garmendia Larrañaga. - En: *Mitos y leyendas del País Vasco*. - San Sebastián: Induban, D.L. 1973. - 120 p. : il. ; 25 cm. - P. 116-120. - OC. T. 3, p. 663-674